

Acerca de las teorías sexuales infantiles y su perpetuación en la vida adulta

Raúl E. Levín

INTRODUCCION

El movimiento hacia la constitución de teorías sexuales en el niño, puede ser relacionado a los primeros intentos de respuesta ante interrogantes inherentes a la existencia humana que van a interpelar al sujeto a lo largo de la vida. Estos interrogantes aluden a temas derivados de cuestiones relacionadas a los orígenes y a la muerte.

Tendientes a mitigar la angustia derivada de la falta de respuestas, las teorías se conforman siguiendo ciertos lineamientos acordes al desarrollo libidinal y cognitivo del niño. Pero quedarán como una marca inconsciente que contribuirá al intento de cerrar la brecha derivada de la incompletud de la estructura del sujeto. Van a perdurar entonces como inscripción fantasmática, y tendrán un papel relevante en la constitución neurótica del futuro adulto.

La impronta que tienen entonces las teorías sexuales infantiles en la vida del sujeto, da a su estudio una trascendencia no sólo clínica, sino también de interés teórico en temas relacionados a la problemática de la temporalidad y la historización.

Mi propósito en este trabajo es presentar algunas elaboraciones en torno a la gestación de las teorías sexuales, y de sus posibles derivaciones en la vida adulta, a partir de la exposición de algunas secuencias del proceso psicoanalítico de un niño.* Comenzaré entonces con el relato del análisis de mi paciente, de cinco años y medio

* Material clínico de este paciente, también fue presentado en un trabajo anterior. Ver Levín, R.E. (2006): El círculo de la niñez y la batalla misilística. *Rev. Latinoamericana de Psicoanálisis*. (Organo de FEPAL). Nº 8.

de edad, centrándome fundamentalmente en lo referido a la conformación de una teoría sexual, para luego ensayar algunas breves reflexiones acerca de su papel en la constitución del psiquismo.

“LAS MUJERES SON MEJORES”

La principal preocupación de los padres de mi paciente, eran ciertas conductas (juegos con muñecas, dramatizaciones, disfraces con ropa femenina, gestos “afeminados”) que derivaban en el temor de que se estuviera gestando una futura homosexualidad. Uno de los antecedentes al que atribuyeron importancia, fue que al nacer hubo complicaciones en el parto y, por añadidura, cuando aún se planteaban dudas acerca de sus posibilidades de sobrevivir, a las pocas semanas de su nacimiento tuvo que ser intervenido quirúrgicamente del corazón a causa de una comunicación interauricular.

En la primer hora de juego me encontré con un chico sumamente desenvuelto, que hizo contacto inmediato conmigo y con el material de juego que le ofrecí.

De su juego inferí un posicionamiento, que daba cuenta de algo que también expresó en palabras: “las mujeres son mejores”. El sustento de este aserto era que ellas producen niños y se extienden en el tiempo. Invencibles y eternas, eluden lo referido a la castración. Al reiterarse metonímicamente (sus hijas tendrán hijas...) salvan el problema de la temporalidad. No se exponen al misterio del origen ni tampoco a la muerte.

Hubo en realidad dos líneas de juego, diferentes entre sí, que daban cuenta de este ideal de perpetuación femenino.

El primero consistía en hacer pasar un autito por un orificio (un bloque de madera con forma de arco) remedando una representación de un parto. Pero luego corría la madera, y el auto, digamos ya nacido, volvía a atravesar el orificio renaciendo del nacimiento anterior. Y así varias veces.

Para su segunda versión del triunfo de lo femenino sobre la temporalidad, dibujó en un papel un óvalo con varios círculos en el interior. “Vas a ver que es un huevo”, me dijo. A continuación dibujó en un papel glacé una abeja, la depositó en el centro del huevo, y sobre ella volcó el contenido de un frasco de pegamento. De tal manera, al solidificarse horas después, la abeja quedó encerrada, preservada, detenida, a la manera de bacterias, semillas o bichos que han quedado

atrapados en un ámbar vegetal transparente durante millones de años, y que así conservados nos han permitido acceder a las primeras formas de vida del universo.

El primer juego aludía entonces a una concepción lineal del tiempo que admitía la idea de infinitud. En el segundo, apelaba a otra versión de la eternidad, mediante el recurso de representar un tiempo detenido. En ambos obviaba considerar la relación de la temporalidad de la vida con lo efímero y contingente, preservándose de la concomitante angustia de castración. De distintas formas refrendaba un ideal de tiempo femenino más allá del problema del origen y de la muerte.

“¿COMO SE ESCRIBE LA PALABRA ODIOS?”

Mi paciente ha comenzado su análisis. En las primeras sesiones suele jugar a hacer dramatizaciones con muñequitos Playmobil. Pueden ser situaciones románticas, en las que él parece estar del lado de las niñas. A veces los disfraza con ropas de príncipes y princesas que confecciona con papel glacé; entonces las escenas adquieren carácter cortesano, como en algunos cuentos infantiles. Suele también hacer participar a sus personajes en rondas, en las que como en los juegos anteriores, hay un tono de fuerte connotación histriónica. Acompaña estas escenificaciones con canciones inventadas por él y diálogos entre los personajes, a los que aplica diferentes voces. Parece como si uno estuviera asistiendo a un espectáculo de “music hall”. Al terminar las sesiones suele pedirme permiso para llevar a su casa dibujos que traza al efecto; se trata generalmente de corazones en los que escribe declaraciones de amor a su madre y a su padre.

Cuando intervengo para decirle algo, trata de hacerme desistir. A veces reacciona interrumpiéndome; en otras ocasiones, parece reaccionar avergonzado, y procede a dejar su juego, o a cambiar su sesgo, por ejemplo desvistiendo a sus personajes. Cuando esto ocurre, suele mirarme enojado o gritarme que me calle.

En una sesión, más o menos al mes de iniciado su análisis, está jugando a uno de sus acostumbrados juegos. Ha vestido hábilmente sus muñequitos Playmobil con trajes de papel glacé de diferentes colores. Son príncipes y princesas, e hijitos. En cuanto inicio un comentario acerca de su juego, comienza a gritar: “¡No me hables mientras juego!”. A la vez me pega en el brazo, para luego agregar en

tono conciliador: “¿Viste que fuerza que tengo?” .¡ Sí que tiene fuerza para defender su posición!

A la sesión siguiente llega llorando en brazos de su madre. A manera de explicación, ella me dice: “venía durmiendo en el auto”.

Lo lleva hasta el consultorio, y no tiene inconveniente en quedarse, aunque se tira aparatosamente en el piso para seguir llorando.

Varios minutos y tengo la impresión que de su llanto pueden escucharse algunas inflexiones que lo semejan a gruñidos.

Ensayo una pregunta: “¿Estás con rabia?”. Asiente con la cabeza. Creo que le reitero la pregunta y ahora obtengo una respuesta semejante, aunque más nítida.

Me permito completar la pregunta, pero en un tono más próximo a una afirmación: “Estás con rabia porque te sacó de tu mamá”.

Repito estas palabras, llora un poco más, de pronto interrumpe su llanto, y r
Se diri r. Quiere que
yo le dele



Esto ya ha ocurrido con otras, especialmente escribiendo los nombres de las personas de su familia para quienes hizo los dibujos dedicados.

En vez de dictarle letra por letra, se la hago un poco más difícil, repitiendo la palabra “odio” muy lentamente como para que él deduzca por el sonido la secuencia de las letras que la constituyen. Protesta un poco –“vos no me ayudas”– pero entiende perfectamente.

Una vez escrita la palabra, con el mismo procedimiento la vuelve a escribir.

Luego me pregunta cómo se escribe “Raúl”, y de la misma forma queda inscrita en el papel debajo de la palabra “odio” duplicada más arriba.

Quizás a falta de una noción gramatical de la escritura de las partículas de enlace entre ellas, “odio *a* Raúl”, “odio *para* Raúl” (u otras), sustituye las preposiciones que no sabe incorporar, con una flecha que parte de las palabras “odio” y concluye en “Raúl”.¹ Luego remarca este fresco de nuestra transferencia, con redondeles del mismo color en los ángulos y extremos de las letras de las palabras que dan cuenta del cuadro de situación que se ha establecido entre nosotros.

No dejamos de notar que concluye con una R suelta, algo descolgada, por fuera del trayecto del odio. R de Raúl pero también letra sobresaliente de su nombre, que sostiene quizás el inicio de las palabras que de ahora en más transitarán nuestras sesiones psicoanalíticas.

“NO PUEDO”

Algo atrae de ese recurso de mi paciente de apelar a una identificación con un ideal de completud femenina para desconocer lo que para otro –para mí– es sexuación, castración, muerte.

Tengo alguna tendencia a fetichizar sus producciones. En una oportunidad arranca del *block* la página en la que quedó escrita en forma duplicada la palabra ODIO (esa que expuse en el apartado anterior), con la intención de utilizar la que sigue para hacer un dibujo. Al pegar el tirón, la hoja se rasga en uno de sus ángulos dejando interrumpido el trazo que cierra la primera O de su escrito. Quiero pensar en la incompletud, la imperfección de la solución de

¹ Marta Martínez de Sáenz me hizo notar que el trayecto de las flechas remedan la escotadura del tradicional dibujo del corazón que se usa como ícono del sentimiento amoroso.

continuidad del círculo, el efecto angustia de castración. Nada de lo que mi paciente expresa suscribe esa posibilidad. Más bien parece que el afectado por alguna forma de angustia soy yo, adherido a esos trazos emblemáticos que fundamentaron mi exposición sobre su movimiento desde la emocionalidad a la palabra escrita. Se nota que algo en mí hubiera pretendido que ese papel quedara estancado, coagulado, inmovilizado como un testimonio detenido de lo que fuera la inscripción en letra de ese momento en que experimentó odio por estar con su analista. Me es difícil admitir que ese papel que escribió no es ya para él lo que sigue siendo para mí. El está en otra, pero yo quiero conservar ese documento, y me deja tan rasgado ante el hecho consumado como lo está el papel.

Sesiones después, cuando ese papel circula entre deshechos que quedan desparramados, aparentemente desapercibido en su singularidad, es de pronto rescatado. Se nota que algo “le dice”, porque lo separa del resto y lo coloca sobre la mesa. Se apresta entonces a volcar sobre él una buena cantidad de pegamento, como lo hiciera con la abeja que encerró en la resina. Creo que lee mi expresión de asombro, quizás perciba el interés que despierta en mí su juego. En lo que es un aparente cambio de planes, toma sin vacilar la tijera, y corta rápidamente el papel en tres pedazos.

“¿Porqué lo hiciste?”, me sale preguntarle.

“Porque no hay más odio”.

Pero no puedo resignar fácilmente el valor emblemático, fetichístico, que tenía para mí ese dibujo-escritura. Experimento una cierta decepción ante la pérdida de su integridad. El fetiche es unicidad; desconoce, desmiente la diferencia de sexos. Unicidad atemporal, detención como pudo ser la aspiración de asentar una textualidad que dé cuenta del alcance meta-físico (en su literalidad) de la posición de mi paciente. Pero mientras me atengo a mis reservas acerca de un posible avance, parece como si él pudiera decirme: “hubo uno sin dos”, “puede haber tres sin uno”, aun cuando yo siga adherido –aunque deba reconocerme en lo “herido”– a la unicidad y atemporalidad de sus comienzos de análisis. He fetichizado mi trabajo y su dibujo (escribir sobre su caso es quizás darle más brillo aún – “*glanz*” – a la cosa), pero él no tiene inconveniente en fragmentar mi fetiche, destituyendo su imaginaria unicidad a favor de una posición que lo habilitaría al acceso edípico.

En otra sesión, llega con un autito que trae de su casa. ¿Qué lugar le asigno a este juguete como convencional representación de un

posible posicionamiento masculino? No puedo dejar de pensar que puede estar relacionado a que esta vez fue el padre quien lo trajo a sesión. Aparentemente el mencionado automóvil no participa de sus juegos, queda apartado. Si bien no interpreto nada al respecto, le menciono que he notado la introducción de esa novedad en la sesión, y quizás no soy tan abstinentemente cuando tomo el autito en mis manos para estudiar sus detalles. Fue significativo que al terminar la sesión lo tenía tan presente, como para llevárselo con él así como lo trajo.

Un poco más adelante trae un pequeño globo que llena de agua insertando la canilla en su orificio de entrada. Luego me pide que haga un nudo para evitar que su contenido se vacíe. Ensayo una alusión acerca de ese globo como un embarazo que se produjo en la sesión, aunque sujeto a una posible “explosión” (como la que él anuncia puede producirse) en la que todos los contenidos pueden perderse.

A este globo lleno (llenado) de agua le pone el nombre de “mamucha”. A continuación lo somete a una serie de pruebas: lo hace patinar, subiendo y bajando por el fondo enjabonado del lavatorio; lo arroja al piso o a la pared; lo aprieta. Pero a pesar de todo, “mamucha” resiste sin explotar.

De pronto, pasa el dedo por la superficie, y me dice que está “buscando el culo”. Le pregunto porqué, y me dice “porque por el culo hace caca, y con la caca salen los bebés.” “Ahh... entonces los varones, que también tienen culo, cuando hacen caca, ¿pueden hacer bebés?”

Se queda un ratito pensativo, y me dice: “Cuando era chica... chico (corrige), ¿te acordás que quería ser mujer?”

“¿Y ahora?”

“No puedo”.

TEORIAS SEXUALES

Palabras enunciadas en tiempo presente, con resonancias de profecía resignada. Pero no tanto. La frase proviene de un experimento, con el que intenta resolver una pregunta, develar lo que ahora es misterio, establecer una teoría que dé cuenta de un saber sobre la sexualidad y el origen. Saber imposible, utópico, salvo mientras se lleva adelante el apasionado experimento. Destinado a fracasar en tanto solución, a intensas próximas búsquedas, o a instaurar como certidumbre o convicción un supuesto saber acerca de la sexualidad que puede atravesar la vida adulta.

Lo que lanzó la investigación sobre sexualidad y origen, es secuencia del efecto de castración de la palabra del analista: “¿Y ahora?”, “no puedo”. Temporalidad como corte, un ahora, un antes y vislumbre de después. También corte que instaura diferencia sexuada: “chico” y “chica”, excluyentes entre sí.

La teoría sexual es intento perdurable recorriendo y acompañando vicisitudes de la inscripción edípica y de su naufragio nunca consumado. Va a devenir opciones que se aposentan en forma inconsciente, quizás fantasmática, coaguladas y con efecto en la llamada “madurez”. Aun las reconocidas informaciones supuestamente objetivas o científicas sobre la sexualidad pueden recubrir sin alterar estas formaciones establecidas que procuran algún velamiento ante lo intolerable del desconocimiento acerca de la sexualidad, lo originario y su derivado: la muerte. Es más, el conocimiento que se supone objetivo, “científico” (con sus permanentes actualizaciones) sobre la fecundación, opera también en algún sentido como teoría sexual, dado que no resuelve el verdadero interrogante subjetivo acerca del origen: qué fuimos antes de ser. Pero las teorías que recubren esta fisura, como vemos no sólo infantiles (muchas veces reaparecen en psicoanálisis de pacientes adultos) son sólo eso: teorías. No podría ser diferente en tanto son incesante búsqueda de una respuesta que no existe. *“Aunque grotescamente falsas, contendrán un fragmento de la verdad, y son análogas a las soluciones tildadas de ‘geniales’ que los adultos intentan para los universos cuya dificultad supera el intelecto humano”*.² Es que un “fragmento” es lo único que nos puede ofrecer la verdad. Tomarlo por un todo puede sostenerse sólo ilusoriamente.

Si bien Freud intenta una sistematización de las teorías sexuales, no deja de aludir a la singularidad con que se plantean y elaboran, y aun a su constante evolución de unas a otras. Es notoria la posibilidad de incluir la de “mamucha” en el ítem de las teorías sexuales relacionadas con la cloaca o lo anal. Pero convengamos, nunca una teoría sexual es convencional. “Mamucha” es un huevo. El dedo lo recorre buscando el culo, solución de continuidad que no contemporiza con la idea de huevo. De hecho, el culo no se detecta en la superficie calcificada, salvo cuando (si) explota o es roto desde adentro por la “reproducción” de quien la engendró. A la manera del nacimiento de un bicho ovíparo, que hace estallar (“explotar”) a “mamucha”. Recordemos: cuando mi paciente

² Freud, S. (1908) Sobre las teorías sexuales infantiles. Amorrortu Editores. Tomo IX. Buenos Aires. Pág. 192.

incluyó la abeja en la resina, me dijo: “vas a ver que es un huevo”. Quiere decir que el nacimiento del bebé va a coincidir con la destrucción de la madre (el huevo) –aunque sea una versión parcial de lo materno. ¿Puede validarse a ese precio su nacimiento? ¿No se convalida el recurso de resistir dentro del huevo, en una eterna simbiosis superadora de la castración y los interrogantes que matan la omnisciencia? Pero (quizás) ya no es lo mismo: “no puedo”. El alcance semántico de su condensada reflexión por ahora me desborda. Los bebés no son ecuación con caca: “*con* la caca salen los bebés”. Son algo especial, colateral a las cacas como debe ser él. Debe buscar una solución de compromiso para que su advenimiento a la condición de sujeto no desbarate la perduración de una madre objeto. Pero sabe también que “no puede” ser a a vez madre-hijo, chico-chica. Deberá buscarle la vuelta. Será seguramente una de las líneas del guión de su proceso psicoanalítico.

El paciente se ha ocupado de destituir lo que podría suscribir una posición fetichizada del análisis. Su apasionada investigación sobre la incertidumbre de la sexualidad y los orígenes lo pone en la vereda opuesta a la detención monolítica del fetiche. Hay proceso analítico. La teoría sexual –se sabe– está destinada a no resolverse nunca; derivará hacia otras propuestas, a veces oportunistas, otras angustiosas, siempre incesantes.

Tampoco hay un empecinamiento obsesivo en la investigación. No siempre está en eso. En algunas ocasiones, cuando parece que retoma la línea de sus experimentos, le recuerdo la sesión en que “mamucha” se incorporó al elenco, y se enoja. En una oportunidad, al aludir yo nuevamente a “mamucha” no me responde, pero realiza un dibujo de un globo–“mamucha”, conteniendo en su interior unos seres semejantes a la abeja que dibujó y pegó en el “huevo” de la primer hora de juego.

Por fuera del dibujo del globo, dibuja un personaje con un trazo que comienza y termina en su cabeza, que no participa de esa interioridad idealizada. Quizás represente tanto al analista interpretando como a él mismo registrando la interpretación que lo deja por fuera del encierro intemporal. Si bien a primera vista podría verse la línea que parte de su cabeza como otra versión de un globo o huevo que se cierra sobre sí mismo, nótese sin embargo que uno de sus extremos no llega a cerrar el círculo, dejando un intersticio abierto. En otra acepción interpretativa –una extensión de la anterior– podría pensarse a este personaje como naciendo del interior de una “mamucha”, que queda algo colapsada.



Volviendo a su reacción ante algunas intervenciones mías, considero que a veces es razonable su enojo: el *working through* del proceso analítico no admite la palabra del analista si es unilateral. Mi participación transferencial se valida si es una contribución a facilitar el despliegue de su narrativa. Las intervenciones del analista no sugieren ni imponen: despejan obstáculos. Si así anda la cosa, es esperable que el psicoanalista quede descolocado ante ciertas producciones del paciente. El asombro del analista ante el nuevo material del paciente, suele ser un indicador de que hay proceso.

“VOS TE VAS A MORIR...”

En tanto, llegan las sesiones previas a las vacaciones de verano. El mencionado autito vuelve a la sesión, pero esta vez queda inmobilizado sobre la mesa del consultorio con cinta scotch. Hay una cierta emotividad en la despedida, pero no sospecho una situación de

dependencia o de duelo excesivo. Más bien parece confiado en la continuidad del vínculo. Con un divertido eufemismo me da un indicio acerca del lugar en el que transcurrirán sus vacaciones. No me pregunta adónde voy yo, con lo que me libera de la incomodidad que suelen acompañar esas asimetrías en la reciprocidad, convenientes para que se desenvuelva el proceso analítico.

En la primera sesión después de las vacaciones entra, como casi siempre, entusiasta y alegre. Suele abrazarme brevemente antes de transponer la puerta propiamente del consultorio. Se dirige directamente al canasto que contiene el material de juego. Toma el frasco de pegamento y vuelca una cantidad considerable de su contenido en un vaso de plástico descartable. Como si desmintiera otras semejanzas con el juego de nuestro primer encuentro –cuando dejó atrapada la abeja en la resina– se dirige al lavatorio y enjuaga el vaso hasta dejarlo libre de restos del pegamento. A continuación –ante mi sorpresa– saca de su bolsillo tres monedas de diferente valor (50, 25 y 10 centavos) y por primera vez me propone un juego de fútbol en el que la de 10 es la pelota, y yo con la de 50 y él con la de 25, la empujamos gambeteando al otro, intentando hacer gol en el lado opuesto de la mesa. Se plantea un juego de abierta competencia en el que intervinimos los dos. Debo decir que me sorprende la habilidad con que se desempeña. A pesar de que me ha cedido la moneda más grande, el juego es bastante equilibrado, tratando de llevar la más chica al arco opuesto.

Las tres monedas en juego sugieren un movimiento en términos edípicos. Podría enfatizar esta apreciación los diferentes tamaños y valores de las monedas. Sin embargo, si éstos fueran los términos, se trataría de un Edipo ilusorio, desmentidas las diferencias y la angustia de castración como constitutiva y requisito de acceso a lo simbólico. Las monedas son dinero: valor de una serie continua y homogénea, sin admitir alteridad. Las monedas de 10, 25 y 50 centavos son un más y menos cuantitativo de lo mismo. Como las heces, semejantes entre sí, iguales femeninas o masculinas, que se replican sin un signo diferenciador. La ecuación heces = bebés = dinero desmiente diferencias de sexo.

Recordemos además que “mamucha” producía bebés *con* las heces. Mi paciente no estaba involucrado en la teoría tradicional niño = heces. Se veía como alguien especial, nuevamente una preposición –*con*– lo articulaba de una forma tangencial a la teoría del origen anal. Esto coincidía con lo que yo notaba en el juego de fútbol sobre la mesa:

jugaba con eficiencia, pero no parecía totalmente involucrado. Parecía jugar “desde afuera”, desde un mundo en que era otro.

Pocas sesiones después, está haciendo puentes con cinta scotch que intercomunican elementos del mobiliario del consultorio: sillas, mesa, lavatorio, su propio canasto de juego. Yo le menciono su deseo de abarcar todo en una suerte de trama que le permita tener un control absoluto de lo mío, de lo suyo, de lo que está ahí, de lo que no va a dominar cuando termine la sesión.

Cuando le digo eso, toma la tijera y empieza a cortar los puentes.

Yo comienzo a decirle, “parece que mis palabras cortan...” cuando cortando a su vez mis propias palabras, me dice lo siguiente: “Vos te vas a morir en el problema del tiempo”.

Convengamos que es bastante impresionante esta frase en un niño de cinco años. Desde luego las palabras “morir” y “tiempo” no le fueron “aportadas” por mis intervenciones. Son las que aluden a efectos de la castración, acotando la ilusión de un alcance ilimitado. Me atribuye el problema a mí, pero al menos reconoce que a alguien que le es próximo le pasan esas cosas. Quizás en términos transferenciales la cosa está ahí nomás. A diferencia de “mamucha”, no produzco bebés eternos, sino palabras que cortan. Y lo va sabiendo... Como en el dibujo del globo-“mamucha”, hay un personaje por fuera en el que el círculo de su cabeza no cierra, queda imperfecto, abierto, castrado.

Quisiera recordar lo dicho unas líneas más arriba: si la respuesta a la intervención del analista es inesperada, puede ser señal de proceso. Creo que éste es el caso.

PARA CONCLUIR

Las teorías sexuales implican un movimiento de búsqueda de respuesta a la pregunta que convencionalmente enunciamos como “¿de dónde vienen los hijos?, o “¿de dónde venimos?”. Se trata de una interrogación subjetiva, no científica. Por eso pueden operar como respuesta desde soluciones míticas tradicionales, que siempre las hubo (“cigüeña”, “París”, “repollo”, etc.), eufemismos próximos a una supuesta “verdad” (“la semillita...”) o explicaciones médicas sobre la fecundación del espermatozoide y el óvulo. Sea la respuesta más poética o más científica, relacionada a la pregunta contendrá sólo “un fragmento de la verdad”, como dice la cita de Freud mencionada anteriormente.

Porque lo que inquieta al niño, en la medida en que accede a una concepción de la temporalidad en la que está inscripto en forma insoslayable, no es tanto de dónde vienen los bebés sino lo inexplicable relacionado al origen y el destino. Para esto no hay respuesta, a menos que revistamos ese desconocimiento con una teoría imaginaria o al menos que opere de modo imaginario. Por más objetiva o “real” que sea la respuesta, el niño va a tomarla si le sirve, y a su manera. O la desechará, e insistirá en su propia teoría hasta que ésta sea sustituida por otras más adecuadas a su desarrollo erógeno y a su acceso a la simbolización.

Quizás sirva como apoyo a la argumentación sobre el tema del origen, tomar como ejemplo la pregunta más habitual acerca de “qué es la muerte” o qué sobreviene después de ella. ¿Valdría una respuesta “científica”? La tenemos: detención de funciones de órganos vitales, descomposición de los componentes orgánicos del cuerpo... ¿Responde a la inquietud del sujeto ante el tema? El hombre también ha elaborado “teorías” no científicas para la pregunta sobre la muerte que permiten acceder a una representación. Son teorías imaginarias, a veces complejas, como las que proveen las religiones, las “teorías” sobre la reencarnación, etc. ¿Hay gran diferencia entre la concepción de que los muertos van al cielo o que a los niños los trae la cigüeña? (y esto sin entrar en una cómica narrativa circular a la que puede dar lugar relacionar entre sí ambas “teorías”).

Las “teorías sexuales infantiles” apuntan hacia el tema del origen, del cual el “de dónde vienen los bebés” puede ser una simplificación. El problema es narcisístico y relacionado a la angustia de castración; no es fenomenológico. Qué era yo antes de saber que soy yo. El intento de respuesta a esta pregunta, tan angustiosa como la de la muerte, a la que sólo puede responderse fragmentariamente, suscita las “teorías sexuales”. Su función es atenuar la angustia. Pero como no pueden recubrir totalmente un interrogante que siempre quedará insatisfecho, se renovarán las respuestas, con grados de complejidad acordes con el desarrollo cognitivo y erógeno. Serán reemplazadas, reinventadas, retocadas, variadas en forma permanente. Aunque siguiendo ciertos lineamientos (de ahí la sistematización que hace Freud), cada niño les dará un sesgo y una dinámica propia.

Es difícil definir si las llamadas “teorías sexuales infantiles” son hipótesis, creencias o creaciones. Pueden relacionarse con la pulsión de saber (o la denominada “pulsión epistemofílica”) o con una forma de clausura ante el conocimiento. Pueden derivarse de unas a otras o

quedar estancadas en una inmovilidad que suele ser empobrecedora.

A veces son desencadenadas por la curiosidad y el deseo de investigar; otras se presentan como certidumbres irreductibles. Sería interesante estudiar, en este último caso, qué relación pueden tener con futuras posiciones fanáticas, dogmáticas o tiránicas, que tienden a desconocer la incompletud inherente a la condición de sujeto.

De cómo se estructuren estos primeros intentos de saber, puede ser que dependan futuros rasgos de carácter.

Mi paciente está elaborando una teoría sexual de las que definimos clásicamente como anal. Su proceso analítico, su *working through*, como mencioné antes, admite una evolución de su teoría, a la vez que un contrapunto con su análisis, que la pone a prueba y la remodela en tanto produce puntos de angustia. Como primera aproximación, parece que lo que singulariza su teoría, tal como vimos en la sesión de “mamucha”, es que no encuentra el ano por el que van a nacer los hijos. Sin embargo no debemos olvidar –en esto el dibujo es ilustrativo– que al lado, en paralelo, hay otro personaje con una abertura. Corte, castración, lo que iniciaría el movimiento hacia la elección sexual, el acceso edípico y la simbolización. Pero lo llamativo es que ambas teorías no aparecen como opciones sino que en su mente son una duplicidad que simultáneamente da cuenta de las dos versiones, una narcisística y autosuficiente, la otra castrada, marcada por la incompletud.

Recordemos que en la hora de juego también había expuesto dos líneas de juego diferentes: una era la del bebé encerrado en el huevo, la otra admitiendo al menos un orificio del que se nace. Suponemos este despliegue lúdico, como un esbozo, un retoño, de lo que será la estructura de su “teoría sexual”, con dos versiones en paralelo.

Nos preguntamos si esta exposición de dos teorías diferentes y simultáneas, no presuponen una posible estructura de escisión o renegación, como describimos en la perversión. Quizás a eso se relacione la fetichización contratransferencial a la que aludí más arriba. De todos modos, no sabemos cuál es el arraigo y eventual perdurabilidad de dicha estructura. Hay en curso un psicoanálisis...

Pero éstas son, por ahora, sólo especulaciones teórico-clínicas para pensar posibles articulaciones entre temáticas del psicoanálisis infantil y su relación con una prospectiva siempre hipotética.

Las teorías sexuales infantiles son así denominadas por su origen en la infancia, aunque sus derivaciones serán constitutivas de la fantasmática de la sexualidad en la vida adulta. Sueños, relatos,

asociaciones dan cuenta de la vigencia de la singular modalidad en que se han estructurado las llamadas teorías sexuales, siempre relacionadas a un intento de respuesta ante los interrogantes existenciales que marcan los límites del saber del sujeto acerca del origen, la muerte y el sentido último de la vida.

He querido transmitir la experiencia psicoanalítica de asistir a la constitución de una teoría sexual en un niño de cinco años. Sin ninguna intención profética, sino más bien como elaboración teórica y clínica no puedo dejar de conjeturar acerca de cómo incidirá su versión de la teoría sexual en su futuro. De forma semejante e inversa, un eventual analista que atendiera a mi paciente dentro de algunos años, intentaría efectuar una reconstrucción de su teoría en el momento –quizás para entonces mítico– de sus orígenes.

Raúl E. Levín
Pacheco de Melo 2534, 4º "D"
C1425AUD, Capital Federal
Argentina